

A lo largo de toda mi experiencia docente como profesor de lengua y literatura catalanas, he intentado siempre, en la medida de mis posibilidades, despertar en mis alumnos ese gusanillo, esa sensibilidad que todos llevamos dentro, aunque adormecida en muchas ocasiones. Con otras palabras, he intentado (y todavía persevero en ello año tras año), crear nuevos lectores, poner al descubierto el sinfín de mundos nuevos y de posibilidades que la literatura puede ofrecernos.

Ahora bien, en los tiempos que corren, esto no es nada fácil. Parece ser que determinados valores no utilitaristas y que no conducen directamente a la obtención de un patrimonio pecuniario, son inmediatamente desechados y abandonados como quien dice al baúl de los recuerdos.

Y ante estos hechos, uno reflexiona y piensa: ¿Me habré equivocado de siglo? ¿Seré yo un bicho raro que se ceba en la degustación de la letra impresa? ¿O quizá no debería de dejarme seducir por tantas historias y tantas aventuras, cerrar todos mis libros y dedicarme a leer única y exclusivamente *Cómo hacerse rico en 12 lecciones*?

La literatura televisada desplaza a la lectura literaria

Afortunadamente, sin embargo, no todo el paisaje es tan tórrido y desértico como el anterior. De vez en cuando el caminante vislumbra un pequeño oasis donde saciar su sed y poder continuar el camino. Y así, muy de tarde en tarde, aparece alguien que te dice: Oye, me ha entusiasmado el último libro que propusiste como lectura.

Por otra parte, cada día es mayor la influencia y la presión que ejercen los medios audiovisuales sobre la sociedad, y en particular sobre la juventud. Y ante la disyuntiva de ponerse a leer un libro o dedicarse a ver la televisión, evidentemente ya sabemos quien tiene todas las de perder. Este poder abrumador del discurso fílmico sobre el literario, queda patente en dos anécdotas que llegaron a mis oídos no hace mucho tiempo. Un amigo me comentaba que en algunas Universidades americanas donde se cursan carreras de las tipificadas como de letras, un porcentaje bien elevado de alumnos no leen determinadas obras literarias, sino que prefieren conocerlas a partir de las

versiones cinematográficas que sobre ellas se han realizado. No seré yo quien niegue la capacidad de estímulo y sugerencia que tienen determinadas películas basadas en obras literarias. Pero creo excesiva esta especie de pragmatismo y, por qué no decirlo, de comodidad. Porque lo cierto es que es más fácil y cómodo sentarse en una butaca y digerir "lo que nos echen", que esforzarse en seguir la lectura de una obra.

Otra de las anécdotas que ilustra a las claras esta apatía creciente por la lectura hace referencia a hechos ocurridos en España. En una encuesta realizada entre estudiantes de historia de nuestras Universidades, se ha revelado que los conocimientos que estos futuros especialistas poseen sobre su materia, responden muchas veces más a la visión dada por distintas series televisivas, sobre todo americanas, que no a los auténticos hechos históricos.

Sin comentarios.

F. Machirant

PUBLICIDAD